

PLUMA y LAPIZ



NÚM. 22





VIA CRUCIS

SOBRE una planicie abrasada por los aires del Yémen, álzase la gigante sombra de la ciudad deicida, sin lágrimas con que endulzar su amargura, triste, sombría; limitado su horizonte por las plomizas cumbres de los montes de Moab; sin flores, sin verdura, sin agua y sin aves; debajo, imponente como una expiación, el valle de Josafat con su profundo seno.

¡Diez y nueve siglos nos recuerdan un nombre, un martirio, una agonía y una redención!

¡Jerusalén! Tus Césares se hundieron en el polvo; tus conquistadores, tus grandezas, tus héroes, tus poetas, tus historiadores han enmudecido; y morirán tus generaciones y se olvidarán tus profetas: sólo tu crimen no morirá jamás!

¡Cuántos recuerdos! ¡Cuántos consuelos para el creyente! El monte del Olivar, el de Sión, el sepulcro de la Virgen, la cueva de la Agonía, Gethemani, el Valle de Josafat, la torre de David, la vía Dolorosa, el Gólgota y el Santo Sepulcro.

En aquellos sitios reina el silencio de la muerte.

*
* *

Recordemos brevemente el Camino de la Cruz y, sin separarnos de la Historia sagrada y profana, veamos cuáles

fueron las amarguras y dolores de Jesús, desde que fué sentenciado á muerte.

I

El juez romano había reconocido la inocencia de Jesús. Pilatos, aunque idólatra, era más religioso que el pontífice de los judíos.

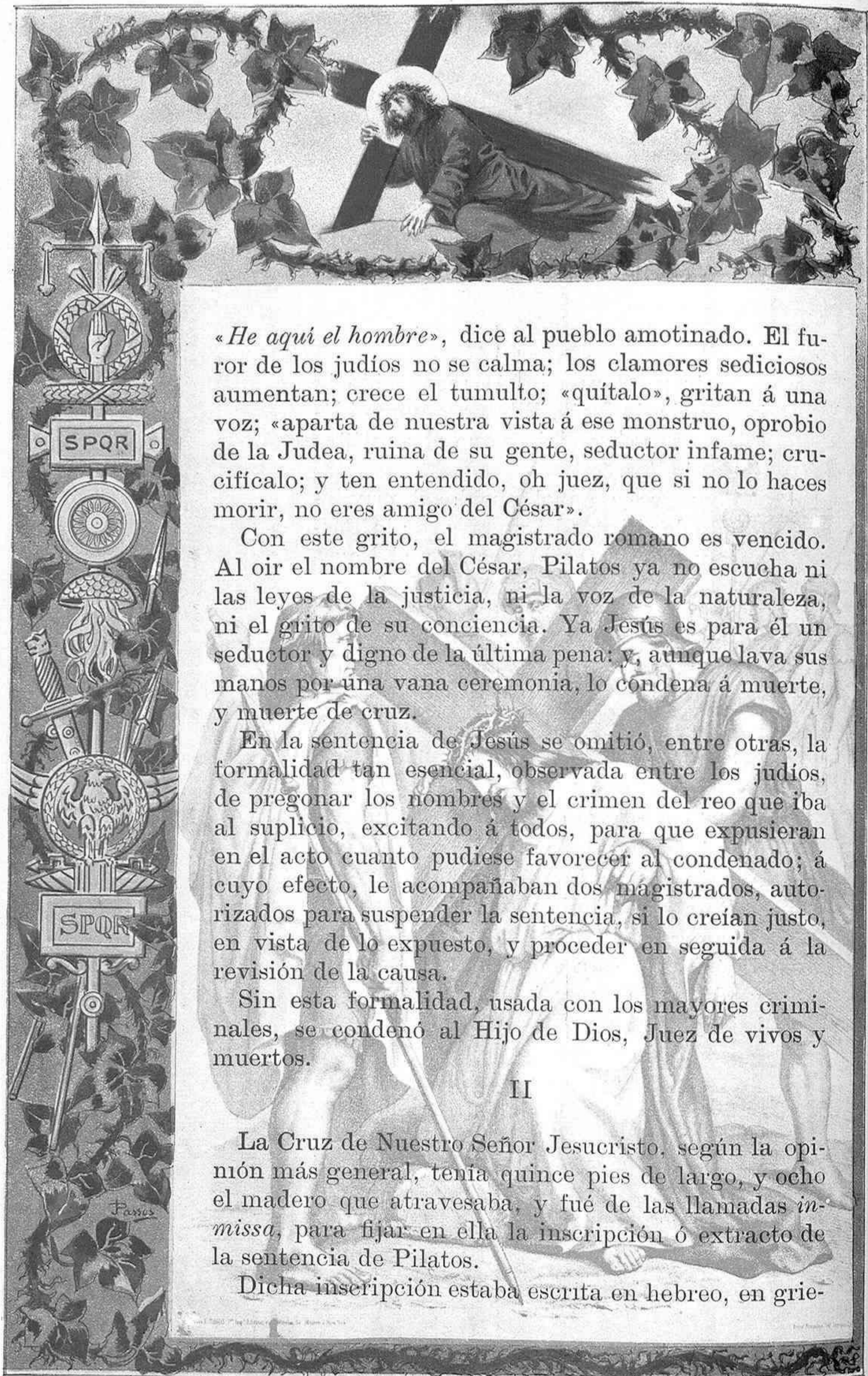
Conservaba aquel pueblo el privilegio de dar libertad á un preso en la Pascua, y, para hacerlo recaer en el Nazareno, Pilatos lo restringe á Jesús y á Barrabás. Pero la malicia de los judíos frustra las intenciones de Pilatos; y ellos piden la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús.

Pilatos, débil para oponerse á los gritos de la multitud, quiere aplacarla, y condena al reo á una cruel flagelación. Este juez, por su cobardía, hace una acción intrínsecamente mala, aunque con una intención intrínsecamente buena.

De agudas espinas formó la ingrata Sinagoga una diadema para coronar á Jesús. Con esta corona traspasan los verdugos la sacratísima cabeza y, cubriendo sus espaldas con un trapo encarnado, le sientan en un banco, le ponen en sus manos una débil caña por cetro y le saludan con burla como Rey de los judíos.

Pilatos, desde un balcón, presenta á Jesús en este estado, capaz de excitar la compasión del corazón más insensible.





«He aquí el hombre», dice al pueblo amotinado. El furor de los judíos no se calma; los clamores sediciosos aumentan; crece el tumulto; «quítalo», gritan á una voz; «aparta de nuestra vista á ese monstruo, oprobio de la Judea, ruina de su gente, seductor infame; crucifícalo; y ten entendido, oh juez, que si no lo haces morir, no eres amigo del César».

Con este grito, el magistrado romano es vencido. Al oír el nombre del César, Pilatos ya no escucha ni las leyes de la justicia, ni la voz de la naturaleza, ni el grito de su conciencia. Ya Jesús es para él un seductor y digno de la última pena: y, aunque lava sus manos por una vana ceremonia, lo condena á muerte, y muerte de cruz.

En la sentencia de Jesús se omitió, entre otras, la formalidad tan esencial, observada entre los judíos, de pregonar los nombres y el crimen del reo que iba al suplicio, excitando á todos, para que expusieran en el acto cuanto pudiese favorecer al condenado; á cuyo efecto, le acompañaban dos magistrados, autorizados para suspender la sentencia, si lo creían justo, en vista de lo expuesto, y proceder en seguida á la revisión de la causa.

Sin esta formalidad, usada con los mayores criminales, se condenó al Hijo de Dios, Juez de vivos y muertos.

II

La Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, según la opinión más general, tenía quince pies de largo, y ocho el madero que atravesaba, y fué de las llamadas *inmissa*, para fijar en ella la inscripción ó extracto de la sentencia de Pilatos.

Dicha inscripción estaba escrita en hebreo, en grie-



go y en latín, para conocimiento de las gentes que de diversos países se habían reunido en Jerusalén, con motivo de la Pascua, y decía así, según San Juan: *Jesus Nazareus, Rex Judeorum*. «Jesús Nazareno ó de Nazaret, Rey de los Judíos». Los artistas suelen suprimir en la inscripción las palabras hebreas y griegas, y aún de las latinas sólo acostumbran escribir I. N. R. I., iniciales de las cuatro palabras de que consta.

Llevó Jesús la Cruz á cuestas desde el Pretorio de Pilatos, teniendo colocada la corona de espinas en la cabeza, por toda la tortuosa calle de la Amargura, hasta la puerta Judiciani, ó un poco más allá, según algunos escritores.

«¿Y quién es éste,» pregunta Isaías, «quién es éste que viene de Edom, teñidas de sangre las preciosas vestiduras que trajo de Bosra?» El P. San Bernardo dice en uno de sus admirables tratados: «Yo lo veo y reconozco en él al obediente Isaac, que camina al monte de la visión, cargado con los leños de su sacrificio. Yo lo veo y reconozco en él al heredero de la viña, arrojado de su casa para ser muerto por sus infames arrendadores. Yo lo veo y reconozco en él al mismo Hijo de Dios, cargado con todas las maldiciones de su pueblo, para expiar sus delitos.»

III

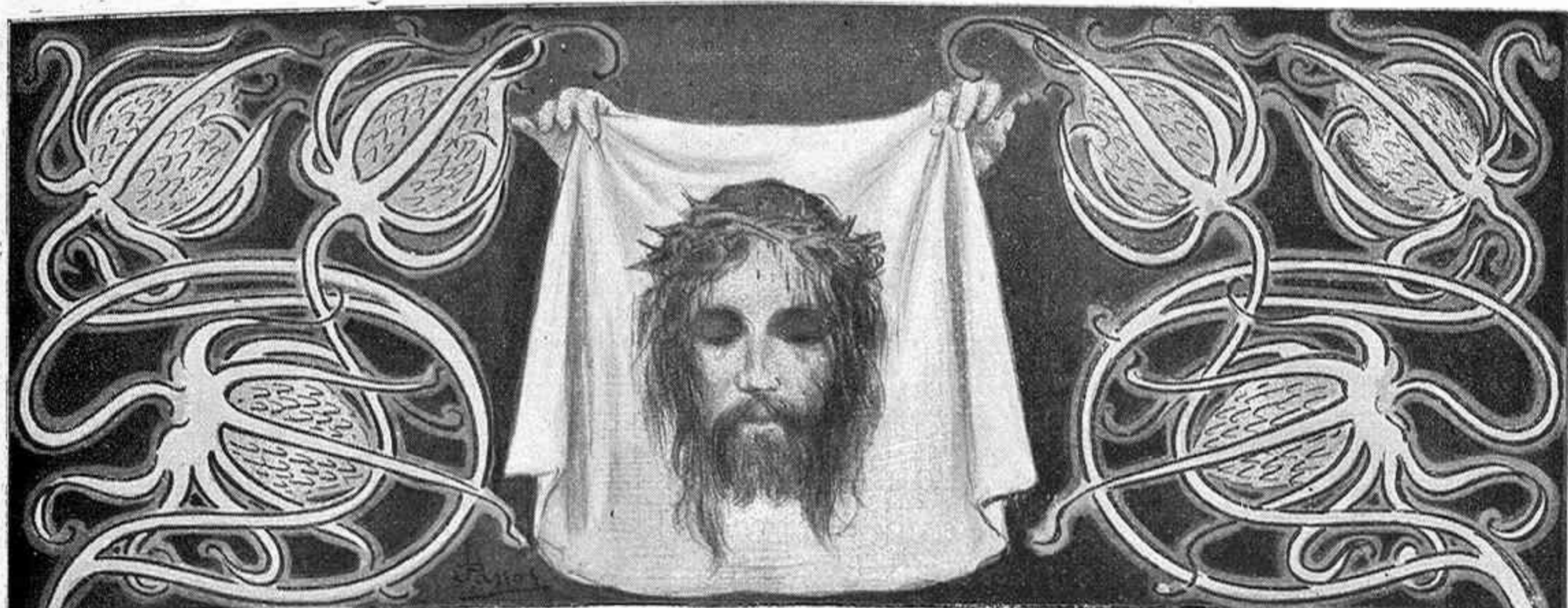
Jesucristo prosigue su camino; pero, extenuado por la falta de sangre que derrama y debilitado por los tormentos que sufre, cae en tierra, abrumado con el enorme peso de la Cruz.

Sabemos bien que si Alejandro de Ales, Ambrosio Catarino, Estío y Juenin, enseñan que la sacratísima





humanidad de Cristo, considerada en abstracto, merece adoración de latría, no absoluta sino relativa; otros teólogos con Santo Tomás, sostienen que debe tributársele culto absoluto de latría. Leemos en los anales de la Iglesia, que varios santos se dedicaron á honrar y reverenciar más particularmente diferentes estados de la vida de Jesús sobre la tierra, ó diferentes acciones de su vida santísima. San Jerónimo se declaró discípulo del pesebre y de la infancia de Jesús, enseñando tan santa devoción á las piadosas mujeres que atraía á la gruta de Belén. San Antonio Abad honró con especialidad la soledad de Jesús y su retiro en el desierto. San Simón Stilita, su ayuno de cuarenta días; San Agustín, el amor que á todos nos tuvo; San Bernardo, su pasión; San Francisco, su pobreza. Recorremos, en fin, los fastos de la historia y observamos que Roma y París rinden culto á la lanza que traspasó el sagrado costado de Jesús; Venecia, á la columna donde fué azotado; Turín, á la sábana en que fué envuelto; Jaén, al paño con que limpió su sudor la Verónica, y otras ciudades, á los demás instrumentos con que fué atormentado. Precedentes tan luminosos nos hacen inferir, por legítima conclusión, con cuánta justicia la ciudad de Mantua adora las gotas de sangre de Jesús, y por qué los *Misioneros de la Preciosa Sangre* se esmeran en tributar los más reverentes cultos en obsequio de la sangre preciosa del Salvador, derramada toda hasta el extremo de caer en tierra bajo la Cruz, al par que era insultado por una chusma impía.



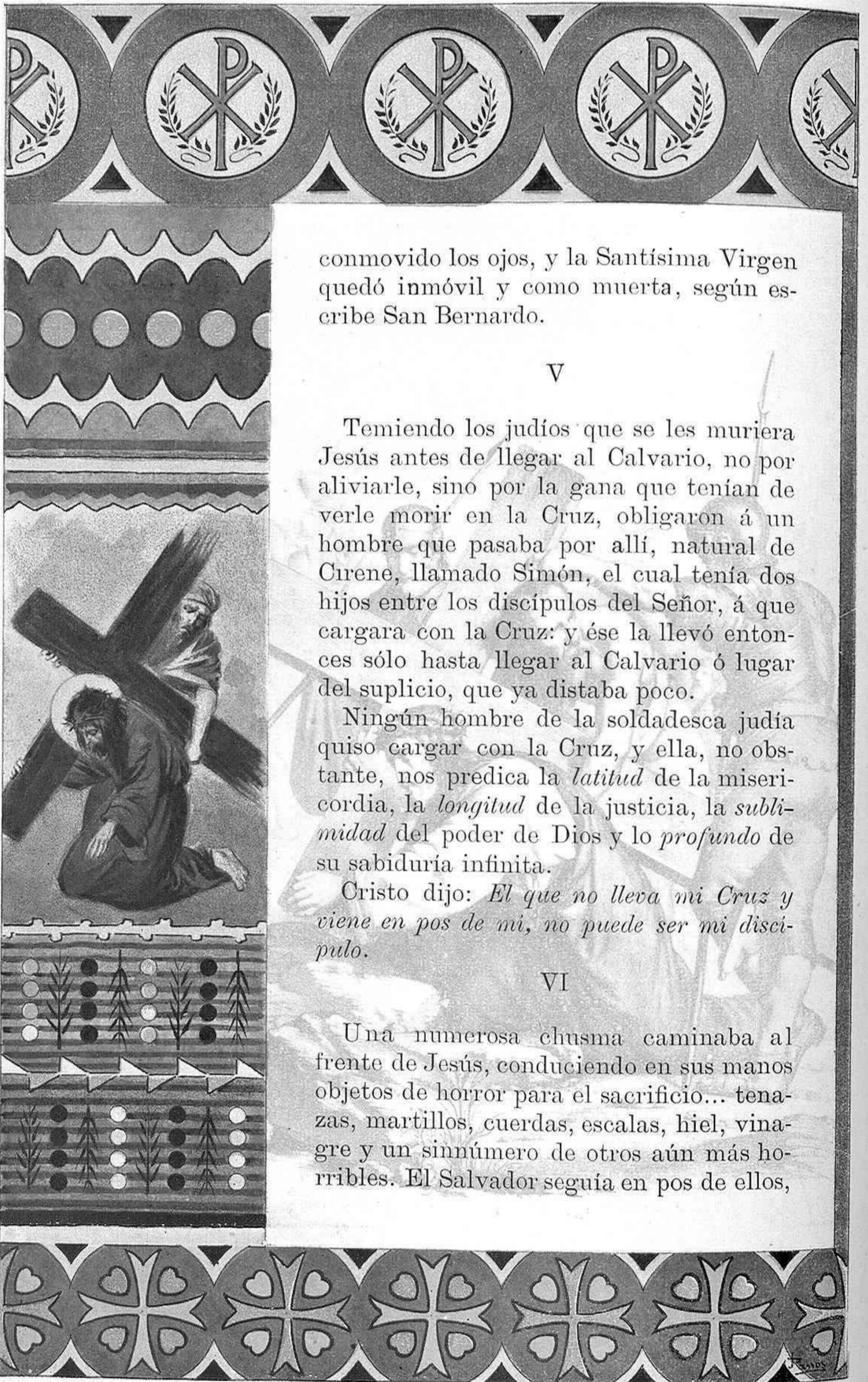
IV

Aquel acontecimiento preocupaba á la populosa Jerusalén. Sus calles y plazas cubiertas de tumultuosos grupos... el desorden, la confusión, la más espantosa agitación cundía por todas partes... La pérfida Jerusalén, manchada con la sangre de todos los profetas, se disponía á consumir en aquel día el más horrendo deicidio... El furor se marcaba en la frente de sus habitantes... sus ojos anunciaban crueldad y exterminio... sus manos querían lavarse ya en la sangre del Justo. El pueblo obcecado, lleno de iniquidad, quería en su furor la muerte del Mesías, de aquel mismo que el mundo había esperado con ansias más de cuatro mil años, de aquel mismo que dió vista á los ciegos, movimiento á los parálíticos, vida á los muertos, y los colmó, en fin, de un sinnúmero de bienes.

Aquella espantosa procesión fué el más horrible espectáculo que vió jamás el mundo.

Los judíos pusieron de nuevo la Cruz sobre los hombros del Salvador y, rodeado de malhechores, marcharon haciendo ruido y algazara.

La afligida Virgen María, inquieta y asustada por la muerte de su Hijo, corrió tras el bullicio de la multitud. De repente se la presentó aquella triste escena... sus ojos inquietos buscaron al amado de sus entrañas... y le vió en el estado en que le habían puesto sus enemigos, al tiempo mismo que el Salvador dirigía su vista á su querida Madre, y se encontraron sus miradas. Jesús bajó



conmovido los ojos, y la Santísima Virgen quedó inmóvil y como muerta, según escribe San Bernardo.

V

Temiendo los judíos que se les muriera Jesús antes de llegar al Calvario, no por aliviarle, sino por la gana que tenían de verle morir en la Cruz, obligaron á un hombre que pasaba por allí, natural de Cirene, llamado Simón, el cual tenía dos hijos entre los discípulos del Señor, á que cargara con la Cruz: y ése la llevó entonces sólo hasta llegar al Calvario ó lugar del suplicio, que ya distaba poco.

Ningún hombre de la soldadesca judía quiso cargar con la Cruz, y ella, no obstante, nos predica la *latitud* de la misericordia, la *longitud* de la justicia, la *sublimidad* del poder de Dios y lo *profundo* de su sabiduría infinita.

Cristo dijo: *El que no lleva mi Cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.*

VI

Una numerosa chusma caminaba al frente de Jesús, conduciendo en sus manos objetos de horror para el sacrificio... tenazas, martillos, cuerdas, escalas, hiel, vinagre y un sinnúmero de otros aún más horribles. El Salvador seguía en pos de ellos,

atados su cuello y manos santísimas, vestido con su manchada túnica, acompañado de dos ladrones, cubierto de sangre de pies á cabeza, y conservando apenas la figura de hombre, según el vaticinio de un profeta.

Otra numerosa turba seguía á Jesús; unos le insultaban con palabras impías; otros le cubrían de salivas y de lodo; otros tiraban con ímpetu de sus ligaduras hasta hacerle caer, y todos gritaban con sed insaciable de venganza.

Una piadosa mujer, llamada Verónica, vió aquel rostro divino á quien deseaban contemplar los ángeles, y movida de compasión quitóse la toca, atropellándolo todo y, acercándose al Salvador, le enjugó el rostro.

VII

¿No se dará ya por satisfecha la justicia de Dios? No: el orgullo desmedido del hombre pide todavía más y más humillación. Cesarán los azotes, será el reo desatado de la columna, habrá visto á su amada Madre, besó el polvo bajo el peso de la Cruz; pero sufrirá nuevos insultos, nuevas humillaciones. Humillaciones é insultos, dice un Santo Padre, para los que todos los demonios del infierno comparecieron en Jerusalén, y entraron en los corazones de los judíos, humillando al Santo de los Santos.





Jesús cae por segunda vez con la Cruz. Las injurias y golpes se redoblaron con los dolores y tormentos.

VIII

El pecado exigía necesariamente una satisfacción infinita, y cuarenta siglos transcurridos desde la consumación de la primera culpa, habían testificado al hombre su impotencia para repararla.

Luego que el Hijo se ofreció por su voluntad á la muerte, y luego que le condenó á ella su Padre, ni el uno pudo rehusar el sacrificio, ni el otro pudo revocar el decreto. En cumplimiento de este decreto, Jesucristo vino al mundo para ser el mediador del Nuevo Testamento; y el Apóstol dice que el Testamento no tiene fuerza como no intervenga la muerte del testador. Jesucristo vino al mundo para redimir el pecado; y el Apóstol dice que sin efusión de sangre no hay remisión. Jesucristo vino al mundo para abrir al hombre las puertas del cielo; y el Apóstol dice que fué necesario padeciese y muriese, para entrar él y sus hijos en su gloria. Por eso, olvidando sus dolores se acuerda de nuestras penas y dice á las piadosas mujeres que le seguían, llorando: *Hijas de Jerusalén, no lloréis mi suerte; llorad si, sobre vosotras y sobre vuestros hijos.*

IX

Cuando se conduce algún criminal á quitarle la vida, se oculta de ordinario el

instrumento de su suplicio, se usa de alguna compasión en estos momentos, aún con los más facinerosos; pero con Jesús se olvidó toda consideración, y se sofocó todo sentimiento.

Debilitado, falto de sangre y de fuerzas, apenas podía sostenerse: cada paso era señalado por una caída; no hubo ningún lugar que no quedase teñido con alguna gota de la poca sangre de sus venas.

El *resplandor de la gloria del Padre*, consuelo de los mártires, hermosura y alegría del cielo, cae en tierra, primera, segunda y tercera vez.

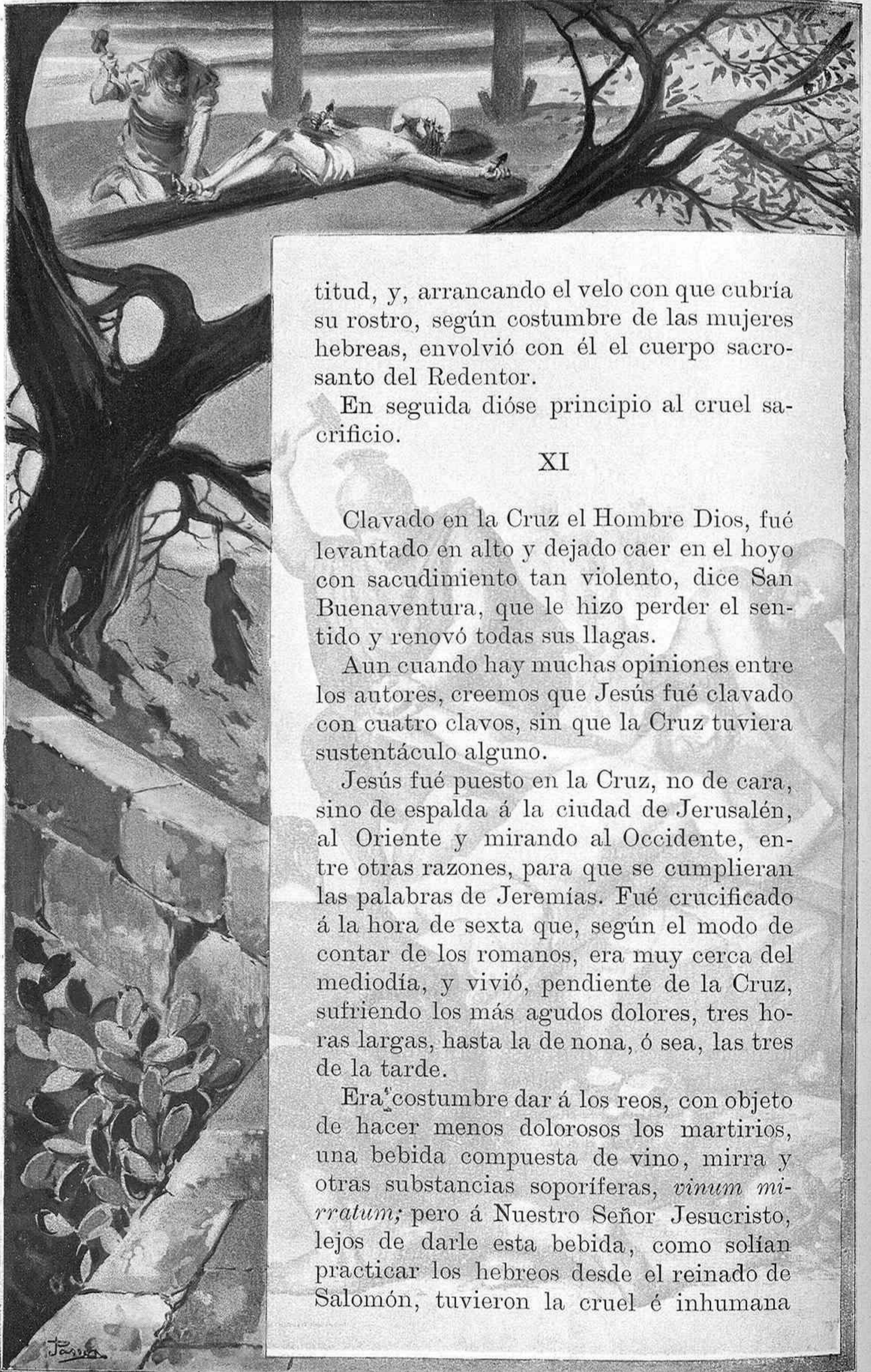
El sumo abatimiento á que se vió reducido, lejos de mover á compasión, sirvió para exasperar más el furor de sus enemigos.

X

La horrible procesión llegó al Gólgota. Los judíos llenos de estúpida alegría corrían de una á otra parte preparando lo necesario para el sacrificio. Una tumultuosa oleada de aquellos malvados se acercó al Salvador arrancándole con ímpetu sus vestiduras. Si cuando nos curan una herida, por fino que sea el lienzo que la envuelve y por cuidado que tenga la más cariñosa madre, sentimos dolor al despegarse la tela de la carne viva, ¿cuál sería el tormento de Jesús al quitarle las vestiduras?

La afligida Virgen, viendo á su querido Hijo desnudo, lleno de rubor en medio de un inmenso pueblo, se arrojó entre la mul-





titud, y, arrancando el velo con que cubría su rostro, según costumbre de las mujeres hebreas, envolvió con él el cuerpo sacrosanto del Redentor.

En seguida dióse principio al cruel sacrificio.

XI

Clavado en la Cruz el Hombre Dios, fué levantado en alto y dejado caer en el hoyo con sacudimiento tan violento, dice San Buenaventura, que le hizo perder el sentido y renovó todas sus llagas.

Aun cuando hay muchas opiniones entre los autores, creemos que Jesús fué clavado con cuatro clavos, sin que la Cruz tuviera sustentáculo alguno.

Jesús fué puesto en la Cruz, no de cara, sino de espalda á la ciudad de Jerusalén, al Oriente y mirando al Occidente, entre otras razones, para que se cumplieran las palabras de Jeremías. Fué crucificado á la hora de sexta que, según el modo de contar de los romanos, era muy cerca del mediodía, y vivió, pendiente de la Cruz, sufriendo los más agudos dolores, tres horas largas, hasta la de nona, ó sea, las tres de la tarde.

Era costumbre dar á los reos, con objeto de hacer menos dolorosos los martirios, una bebida compuesta de vino, mirra y otras substancias soporíferas, *vinum mirratum*; pero á Nuestro Señor Jesucristo, lejos de darle esta bebida, como solían practicar los hebreos desde el reinado de Salomón, tuvieron la cruel é inhumana

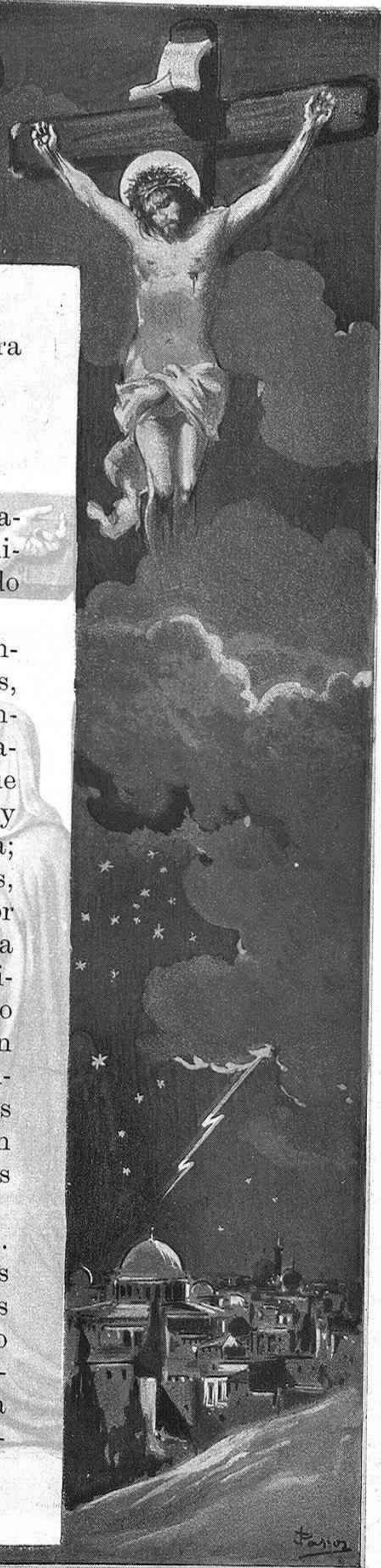
complacencia de presentarle una mistura de hiel y vinagre.

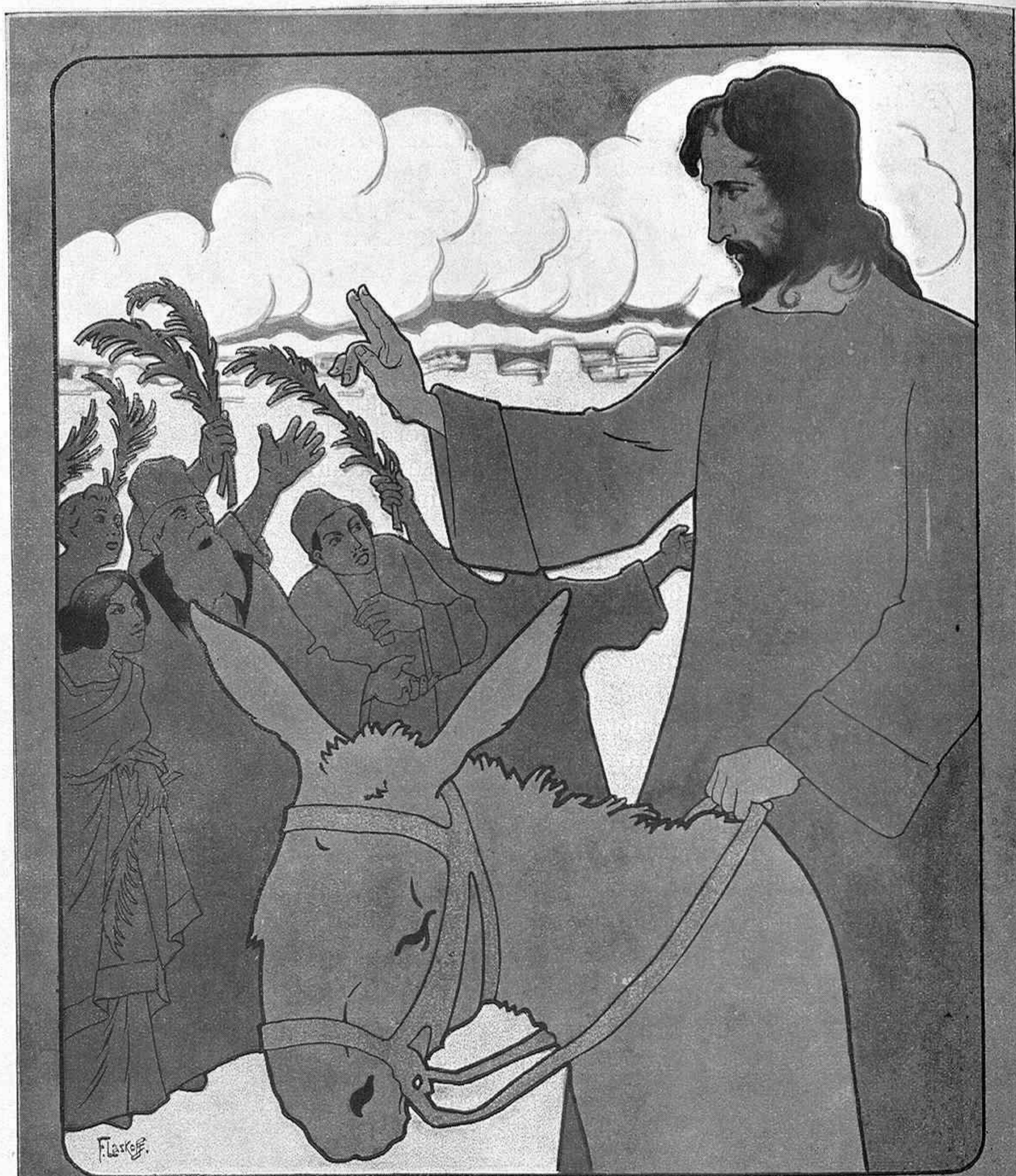
XII

Fué crucificado el Señor entre dos ladrones, para mayor ignominia, en cumplimiento de lo vaticinado. «Ha sido contado entre los malos».

«Jesús habla, dice en uno de sus brillantes discursos, recientemente publicados, el incansable y virtuoso misionero Monseñor de Rojas, y sus palabras dan claramente á conocer el deseo vivísimo que tiene de nuestra salvación. Jesús muere, y al morir quiere darnos á todos nueva vida; á todos llama para que oigan sus voces, que son palabras de caridad y de amor por nosotros. Y Dios habla con dulzura siete palabras, que son siete consejos divinos, en los cuales anuncia en compendio cuanto había enseñado en la predicación del Santo Evangelio. Son como siete sentencias llenas de sabiduría, en las cuales nos enseña cómo debemos portarnos con Dios, con nuestros prójimos y con nosotros mismos.»

Jesús pidió perdón para sus enemigos. Concedió al Buen ladrón el Paraíso. Nos dió por Madre á su Madre.—¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?—dijo en su dolor y desconsuelo. Sufrió sed espiritual y natural. Consumó la obra de la Redención y en las manos de su Padre encomendó el espíritu.





L'ENTRATA DI CRISTO IN GERUSALEMME
ORATORIO DI D^{ON} LORENZO PEROSI
G RICORDI & C EDITORI

*Publicado por el editor G. Ricordi, de Milán, para anunciar el oratorio de Lorenzo Perosi,
«La entrada en Jerusalén».*

SERIE I.^a

NÚM. 22